

que lo que entristecía tan cruelmente á sus amigas no podía ser más que alguna cosa de su hijo: sí, pero ¿qué sería ello?

Aquel punto de interrogación en que se resumía todo su desvarío estaba más presente que nunca en el espíritu del Conde cuando el pesado coche se detuvo delante de su casa. Al otro lado de la puerta cochera se hallaba parado otro carruaje, en el que Scilly reconoció el que la señora de Liauran había regalado á su hijo.

—¿Eres tú, Juan?—gritó al cochero á través de la lluvia.

—Señor Conde...—respondió una voz que Scilly reconoció con sorpresa.

—Huberto me espera en mi casa—se dijo, y franqueó el umbral, presa de una curiosidad que no había experimentado desde hacía muchos años.

II

A pesar de su curiosidad, el General no manifestó la menor sorpresa. La costumbre de la rigidez militar estaba demasiado arraigada en él para que ninguna emoción pudiera triunfar de ella. Colocó su bastón en la bastonera, se quitó con calma los guantes forrados y los dejó en la mesa del recibimiento al lado de su sombrero, cuidadosamente colocado en la percha. Su ayuda de cámara le quitó el abrigo con la misma lentitud. Luego entró en la pieza en que el criado acababa de anunciarle que el joven le esperaba desde hacía media hora. Era una sala de aspecto triste y que indicaba la sencillez de una existencia reducida á las más estrictas necesidades. Estantes de madera de roble, llenos de libros cuyo aspecto revelaba por sí solo que eran publicaciones oficiales, estaban colocados á los dos lados. Mapas y algunos trofeos de armas decoraban el Oeste de la pieza. Una mesa

de despacho, colocada en medio de la habitación, contenía papeles dispuestos en grupos, notas para el gran trabajo que el Conde preparaba indefinidamente sobre la reorganización del ejército. Dos trozos de percalina negra doblados metódicamente se hallaban colgados entre las escuadras y las reglas. Un busto del mariscal Bugeaud adornaba la chimenea, rodeada de un enrejado y en la que se acababa de quemar una arroba de carbón de cok. El piso de la habitación estaba cubierto de ladrillos encarnados, y la alfombra sobre que descansaban los pies de la mesa era poco mayor que ésta. Sobre aquella mesa había una lámpara de cobre pulido, encendida en aquel momento, y la pantalla, de cartón verde, reflejaba la claridad en el rostro del joven Liauran, que contemplaba la lumbre sentado en una mecedora y con la barba apoyada en la mano.

Estaba tan absorto en sus pensamientos, que parecía no haber oído ni el ruido del coche, ni la entrada del General en la pieza. Tampoco había llamado nunca la atención de este último, como en aquel instante, la notable semejanza que ofrecía la fisonomía del joven con la de las dos mujeres que le habían educado. Si la señora de Liauran parecía ya

más endeble que su madre, y menos resistente para soportar las amarguras de la vida, aquella fragilidad se exageraba aún más en Huberto. Su frac de paño fino, con una flor blanca en el ojal, pues estaba en traje de etiqueta, modelaba sus estrechos hombros. Los dedos, que tenía colocados en las sienes, tenían la delicadeza de los de una mujer. La palidez de su semblante, al que la extrema regularidad de su vida daba de ordinario un tinte rosado, atestiguaba claramente en aquellos momentos de tristeza la profunda resonancia que toda emoción producía en aquel organismo tan delicado. Un círculo de nácar se extendía en derredor de sus hermosos ojos negros; pero al mismo tiempo un no sé qué de noble arrogancia en la línea que separaba su frente de su recta nariz y en el pliegue del labio, en el que empezaba á pronunciarse un ligero bigote, la extremidad de la barba, terminada por un surco varonil, y otros signos, tales como su fruncido entrecejo, demostraban la herencia de una raza enérgica en el muchacho, demasiado mimado por las dos solitarias mujeres. Si el General hubiera sido tan buen conocedor de la pintura como experto era en las armas, hubiera pensado, al contemplar aquel rostro, en esos retratos de

principes jóvenes, pintados por Van Dik, en que la finura casi morbosa de una raza envejecida se mezcla con la nobleza de una sangre heroica.

El General, después de haberse detenido algunos segundos en aquella contemplación, se dirigió hacia la mesa. Huberto levantó entonces su encantadora cabeza, cuyos negros bucles, desordenados en aquel instante, le daban cierto parecido con los retratos hechos por el pintor de Carlos I; vió á su padrino, y se levantó para saludarle. Se adivinaba la constante vigilancia de los ojos maternos hasta en la delicada manera de tender su mano. ¿No son nuestros modales la obra indestructible de las miradas que nos han seguido y juzgado durante nuestra infancia?

—Tienes, pues, que hablarme de algo muy grave—dijo el General yéndose directamente al asunto.—Me lo figuraba, porque he dejado á tu madre y á tu abuela más tristes que lo estuvieron durante la guerra de Italia. ¿Por qué no has estado esta tarde á su lado?... Mira, Huberto, si no haces felices á esas dos mujeres, eres muy ingrato, porque ellas darían su vida por tu felicidad. En fin, ¿qué pasa?

El General había pronunciado aquellas frases continuando en voz alta los pensamientos

que le habían atormentado durante el trayecto de la calle de Vaneau á su casa. A medida que hablaba, pudo observar la visible alteración de las facciones del joven. Era una de las fatalidades hereditarias del temperamento de aquel niño tan mimado, que cualquier tono de voz un poco duro le produjese siempre un pequeño espasmo doloroso en el corazón. Pero á la dureza del acento del Conde Scilly se unía entonces la dureza de la significación de sus palabras.

Éstas ponían al descubierto, brutalmente, una herida demasiado reciente aún. Huberto cayó sobre la mecedora como extenuado de fatiga: luego respondió con voz que, siendo un poco velada por naturaleza, se apagaba aún más en aquel momento. No trató siquiera de negar que él fuese la causa del pesar de las dos mujeres.

—No me interroguéis, padrino; os doy mi palabra de honor de que no soy culpable; pero no puedo explicaros el error que hace que sea la causa de su pena. No puedo... He salido con más frecuencia que acostumbro, y ese es mi único crimen...

—No me dices toda la verdad—replicó Scilly dulcificando el tono al convencerse de la evidencia del dolor del joven.—Siempre he

creído que tu madre y tu abuela te guardan demasiado entre sus faldas. Si yo hubiera sido tu padre, te hubiera educado más duramente. Las mujeres no entienden de formar hombres. Pero es lo cierto que desde hace dos años te dejan frecuentar el mundo. Luego no son tus salidas lo que les causa pena, sino la causa que las motiva...

Al pronunciar esta frase, que consideró como muy hábil, el Conde miraba á su ahijado á través del humo de una pequeña pipa de madera que acababa de encender por maqui-nal costumbre, que explicaba suficientemente la acre atmósfera de que la habitación estaba saturada. Vió que se sonrojaban las mejillas de Huberto, lo que para un observador más perspicaz hubiese sido una hermosa confesión. Sólo una alusión ó el temor de una alusión á la mujer amada puede turbar de tal manera á un joven tan evidentemente puro como lo era aquél. Después de algunos instantes de súbita emoción, el joven respondió:

—Os aseguro, padrino, que no hay en mi conducta nada que pueda avergonzarme. Es la primera vez que ni mi madre ni mi abuela me comprenden... Pero no cederé un ápice en el punto que es objeto de nuestra lucha. Son

injustas, muy injustas—continuó levantándose y dando algunos pasos.

Aquella vez su rostro manifestaba, no ya el sufrimiento, sino el orgullo indomable que la herencia militar había puesto en su sangre. No dejó al General tiempo de calcular el valor de unas palabras que, en los labios de un hijo ordinariamente tan sumiso, demostraban una extraordinaria intensidad de pasión. Contrajo el entrecejo, movió la cabeza como para desechar una idea que le atormentaba, y una vez dueño de sí mismo, continuó:

—No he venido aquí para quejarme, padrino; me recibiríais mal y haríais bien... Sólo tengo que pedir os un favor, un gran favor. Pero desearía que lo que voy á confiaros quedase entre nosotros.

—Yo no puedo adquirir esos compromisos—dijo el Conde.—No siempre tiene uno el derecho de callarse. Todo lo que puedo prometer te es guardar tu secreto, si mi afecto por quien tú sabes no me pone en el deber de hablar. Conque ahora decide.

—Sea—prosiguió el joven después de un silencio durante el cual había juzgado sin duda la situación en que se encontraba;—obrad como gustéis... Lo que voy á deciros es

encierra en pocas palabras. Padrino, ¿podéis prestarme 3.000 pesetas?

Aquella petición era tan inesperada para el Conde, que cambió de repente el curso de sus ideas. Desde el principio de la entrevista trataba de adivinar el secreto del joven, que era también el secreto de sus dos amigas, y desde luego pensó que se trataba de alguna aventura de mujeres. Dicho sea de paso, eso no tenía por qué chocarle. Aunque muy devoto, Scilly había sido demasiado militar para no tener acerca del amor teorías de completa indulgencia. La vida militar conduce á los que la llevan á una simplificación de pensamiento que les hace admitir todos los hechos, sean los que quieran, en su verdadera desnudez. Una «querida,» á los ojos de Scilly, era para un joven una enfermedad necesaria. Lo que había que procurar era que aquella enfermedad no se prolongase y que el joven no adquiriese compromiso alguno serio. Tuvo de repente una duda, para él más horrible, porque consideraba, fundado en su experiencia de regimiento, mucho más peligrosas á las cartas que á las mujeres.

—¿Has jugado? —dijo bruscamente.

—No, padrino — contestó el joven. — He gastado sencillamente estos meses más de lo

que me tienen asignado; tengo que pagar algunas deudas, y pasado mañana pienso partir para Inglaterra.

—¿Y tiene tu madre noticia de ese viaje?

—Sin duda; voy á pasar quince días en Londres en casa de mi amigo el agregado á la Embajada, Manuel Deroy, á quien ya conocéis.

—Si tu madre te permite partir — prosiguió el viejo, que continuaba persiguiendo su averiguación con lógica — es porque tu conducta en París la hace sufrir cruelmente. Respóndeme con franqueza: ¿Tienes alguna querida?

—No — contestó Huberto sonrojándose de nuevo; — no tengo querida.

—Si no es en las cartas ni en las mujeres — dijo el General, que no dudaba ni por un minuto de la veracidad de su ahijado, pues le creía incapaz de mentir, — ¿me harás el favor de decirme en qué se te van las 500 pesetas mensuales que te da tu madre, es decir, una paga de coronel?

—¡Ah! padrino — replicó el joven visiblemente tranquilizado, — vos no conocéis las exigencias de la vida del gran mundo. Mirad: ayer invité á comer al café Inglés á tres amigos; esto me costó cerca de 25 duros. He regalado algunos ramos de flores, he tomado

coches para ir al campo y he hecho algunos obsequios. ¡Ya véis cuán pronto se da fin de esos cinco billetes de Banco! En una palabra, os lo repito, tengo deudas que quiero pagar, tengo que sufragar los gastos de mi viaje y no quiero dirigirme ni á mi madre ni á mi abuela en estos momentos. Ellas no saben lo que es la existencia de un joven en París. No quiero añadir un disgusto á otro disgusto. En el estado actual de nuestras relaciones verían faltas en lo que no hay más que necesidades inevitables. Además, no me encuentro con fuerzas para soportar una explicación con mi madre.

—¿Y si rehúso?...—preguntó Scilly.

—Me dirigiré á otro—dijo Huberto;—me será terriblemente penoso, pero lo haré.

Hubo un silencio prolongado, porque ninguno de los dos quería romperle. La situación se oscurecía á la vista del General, como el humo que arrojaba de su pipa en metódicas bocanadas. Lo único que veía claro era el carácter definitivo de la resolución de Huberto, cualquiera que fuera la causa secreta que la motivara. Decirle que no, era tal vez enviarle á casa de un usurero, ó por lo menos obligarle á dar algún paso que había de mortificar mucho su amor propio. Adelantar aquella suma

á su ahijado era, por el contrario, adquirir un derecho á buscar más de cerca el misterio que se ocultaba en el fondo de aquella exaltación y en la melancolía de las dos mujeres. Además, el Conde amaba á Huberto con un afecto que tenía algo de debilidad. Si antes le había conmovido profundamente la silenciosa desesperación de la señora de Liauran y de la señora de Castel, sentíase ahora muy turbado por la visible angustia impresa en el rostro de aquel joven, que era para él un hijo adoptivo, tan querido como lo hubiese sido su verdadero hijo.

—Amigo mio—dijo por fin tomando la mano de Huberto y con un tono de voz en que no se transparentaba ya nada de la dureza del principio de su conversación,—te quiero demasiado para creer que pudieras hacerme cómplice de algún acto que disgustase á tu madre. Haré lo que desees, pero con una condición...

Los ojos de Huberto manifestaron nueva inquietud.

—Es sencillamente la de que me fijas la fecha en que piensas devolverme ese dinero. Quiero hacerte ese servicio—continuo el viejo soldado,—pero no sería digno de ti pedir prestada una suma que no creyeras poder devol-

ver, ni de mí prestarme á manejos de ese orden... ¿Quieres venir mañana á las doce? Me traerás una nota de lo que puedes ahorrar todos los meses de tu pensión... ¡Ah! es preciso no ofrecer ramitos, ni comidas en el café Inglés, ni recuerdos. ¿No has vivido mucho tiempo sin necesidad de hacer esos gastos estúpidos?...

Aquel pequeño discurso, en que el espíritu de orden característico del General, su bondad de corazón y sus ideas sobre la regularidad de la vida se mezclaban en igual proporción, conmovió á Huberto tan profundamente, que apretó, sin contestar, la mano de su padrino como trastornado por las emociones que ocultaba. Venía á su imaginación la idea de que mientras se celebraba aquella entrevista en la calle de Orleans, se prolongaría la velada en el hotel de la calle de Vaneau, y que aquellos dos seres á quienes él amaba tan profundamente comentarían su ausencia.

Como si un hilo misterioso le hubiese unido á aquellas dos mujeres sentadas cerca de la solitaria lumbre, sufría también con los dolores que él mismo causaba... Y en efecto, las «dos santas» habían permanecido mucho tiempo silenciosas en el pacífico saloncito, después que salió el General. De todos los con-

tratiempos de la vida parisiense no llegaba á ellas más que un vasto y confuso murmullo, análogo al que produce el mar cuando se le oye desde muy lejos. Esta es la más fiel expresión de lo que había sido durante tanto tiempo la vida de la señora de Castel y de su hija, la intimidad de aquella apartada habitación, con aquel rumor de la vida de fuera. María Alicia Liauran, tendida en un canapé, tan delgada y con sus vestidos negros, parecía escuchar aquel rumor desde el fondo de su pensamiento, porque había abandonado su labor, mientras que su madre continuaba haciendo crochet, sentada en su mecedora y vestida también de riguroso luto: algunas veces dirigía sus ojos á su hija, con mirada en que se leía una doble inquietud. Las sensaciones que su hija experimentaba las sufría la pobre abuela por Huberto y por aquella hija cuya delicadeza casi morbosa conocía. No fué ella, sin embargo, la primera que rompió el silencio, sino la señora de Liauran, que de repente y como prosiguiendo en voz alta su desvarío, dijo entre sollozos:

—Lo que hace mi pena más intolerable aún es que él ve la herida que me causa en el corazón, y ni aun eso le detiene, á él, que siempre, desde su infancia hasta estos últimos seis

meses, no podía ver una sombra en mis ojos, ni un pliegue en mi frente, sin que se alterasen sus facciones. Eso es lo que más me demuestra la profundidad de su pasión por esa mujer... ¡Qué pasión y qué mujer!...

—No te exaltes—contestó la señora de Castel levantándose y arrodillándose delante de la silla de su hija.—Tienes fiebre—añadió tomando su mano. Después, en voz baja y como descendiendo al fondo de su conciencia,—¡Ah! hija mía—continuó,—tú estás celosa de tu hijo, como yo lo he estado de ti. ¡Necesité tantos días de reflexión y tantos trabajos de espíritu, ahora ya puedo decírtelo, para querer á tu marido!...

—¡Ah! madre mía—replicó la señora de Liauran, — los dolores que tú pasaras no pueden compararse al mío. Yo no me degradaba al dar una parte de mi corazón al hombre que tú habías elegido, mientras que ya sabes lo que nuestro primo Jorge nos ha dicho acerca de esa señora de Sauve, cuya educación ha sido dirigida por una madre indigna, y cuya reputación es de las peores desde que se ha casado; acerca de su marido, que tolera que su mujer tenga recepciones en las que la conversación es más que libre, y de su padre, de ese viejo prefecto, que habiendo quedado

viudo, ha educado á su hija al lado de sus queridas. Lo confieso, mamá; si éste es un egoísmo del amor maternal, he tenido ese egoísmo; he sufrido por adelantado con la idea de que Huberto se casaría y viviría una vida independiente de la mía. Pero me equivocaba grandemente al darme malos ratos con tales ideas. ¡Cuánto peor es lo que me pasa ahora, que me le han arrebatado, y me le han arrebatado para deshonrarle!...

Prolongó aún durante alguno minutos aquella violenta lamentación, en la que se revelaba la especie de apasionado frenesí que la había hecho concentrar en su hijo todas las fuerzas de su corazón. No era sólo la madre la que sufría en ella; era la madre religiosa, para quien las faltas humanas constituían crímenes abominables; era la madre desolada y triste, á quien la rivalidad con una mujer elegante, rica y joven, producía una secreta humillación; en una palabra, su corazón sangraba por todas partes.

El espectáculo de aquel sufrimiento mortificaba tan cruelmente á la señora de Castel, y sus ojos expresaban tan dolorosa piedad, que María Alicia Liauran interrumpió sus quejas. Se inclinó, dió un beso en aquellos tristes ojos, tan parecidos á los suyos, y dijo:

—Perdóname, mamá; pero ¿á quién he de contar mis penas sino á tí? Y además, ¿no habías tú de verlas?... Huberto no viene—continuó mirando el reloj cuya péndola continuaba yendo y viniendo tranquilamente.—¿Crees que hubiera debido oponerme á ese viaje á Inglaterra?

—No, hija mía; si va á visitar á su amigo, ¿para qué usar en vano tu autoridad de madre? Si va por algún otro motivo, no había de obedecerte. Considera que ya tiene veintidós años y que es ya un hombre.

—Me vuelvo loca, madre mía; hace mucho tiempo que estaba concertado ese viaje. He visto las cartas de Manuel, en que se trata de él; pero cuando sufro no puedo razonar. ¿No ves, mamá, que mi sufrimiento ocupa todo mi cerebro y todo mi corazón?... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!...

III

Si fuese necesaria una prueba de la multiplicidad funcional de nuestra persona, se encontraría en esa ley, habitual objeto de la indignación de los moralistas, que hace que el espectáculo del sufrimiento de los seres más queridos no pueda impedirnos ser felices en ciertos instantes. Parece que nuestros sentimientos sostienen en el corazón unos contra otros una especie de lucha por la vida. La intensidad de existencia de uno de ellos, aunque sea momentánea, sólo se obtiene al precio de la anulación de los demás. Es lo cierto que Huberto Liauran quería con toda su alma á sus dos madres—como él llamaba siempre á las dos mujeres que le habían educado.—Había adivinado también que desde hacía mucho tiempo se cruzaban entre ellas conversaciones análogas á la de aquella tarde, en que él pedía un préstamo de tres mil pesetas á su padrino para satisfacer sus deudas y sufragar